

Prof. HENRI HUDE:

Presentación de “EL COMIENZO DE LA HISTORIA” (traducción)

El capítulo octavo del libro de Jaime, titulado “Rusia y la modernidad”, me ha parecido particularmente esclarecedor. Quisiera referirme a lo que me ha dejado y a lo que me inspira.

Comienza por meditar la actitud humana frente al mal, tomando pie en una estimulante entrevista con un crítico de arte, Karol Kantor, en el curso de una visita a la galería Tretyakov en Moscú. Kantor plantea la cuestión de aquel lugar común de lo “trágico del alma rusa” (p.77[1]), y Jaime lo comenta a partir de una comparación entre el famoso icono de la “Trinidad” pintado por Roublev y el retablo de Issenheim (o de Colmar) con el también conocido Cristo de Grünewald.

El mal es el mal. Lo trágico es el mal en cuanto inevitable. Luego, su inevitabilidad es el carácter propio de lo trágico. Así entendido, el *sentido de lo trágico* es derechamente humano y hace parte de aquella cultura

universal sin la cual el hombre no es viable ni concebible. Dicho sentido se encuentra siempre en el fondo secreto de cualquier determinada cultura. Entre tanto, “tomar a lo trágico” lo que es esencialmente trágico no es algo inevitable, sino que se trata de una opción cultural concreta. Kantor señala a Jaime que aquella no es la opción rusa, sino más bien la moderna y occidental. (Los franceses y los ingleses tienen tendencia a protegerse de ello, digo yo; los españoles y alemanes a sumergirse en ello). Lo propiamente ruso es sobre todo el sufrimiento acompañado de mucha paciencia, con algo de simplemente popular, sin ningún estoicismo elitístico, descansando en el misterio y en la resignación, con paz interior (p.77).

Quizás no es ésta la impresión que nos deja la lectura de algunas novelas rusas, pero nos referimos aquí más a la sabiduría popular que a la cultura de élite. Y quizá sea aquello, precisamente, lo que Occidente moderno, al interior de sí mismo, no comprende, en ausencia de lo cual se encierra ya sea en el optimismo superficial, ya en la desesperación. Si es verdad que nos aguarda a todos un *futuro civilizatorio*, éste deberá probablemente conservar, o

reencontrar, la tragedia como un elemento universal, humano, popular, sin dramatización - y, a través suyo, el sentido también universal de la necesidad de salvación.

Para aguardar un *futuro civilizatorio*, no se trata así de construir otra cultura. Lo necesario es “recuperar [en] la cultura moderna, postmoderna o como quiera llamársele [su] centro vital extraviado.” (cita p.90) Se trata, en el fondo, de reencontrar el vínculo con aquello que hay de mejor en la razón y en lo moderno -o a lo mejor en lo postmoderno- con una profundidad universal y no artificial de la cultura. No existe naturaleza humana sin cultura. No hay cultura funcional al margen de la naturaleza. Hablamos y reivindicamos aquí esa cultura primera y su conciencia natural, a menudo olvidadas, expulsadas de nuestras conciencias, por aquel depósito espeso de sedimentaciones culturales ulteriores, con frecuencia válidas y ciertamente más sofisticadas, o más racionales, pero que suelen impedir la comunicación del hombre con la profundidad de su alma y de su ser.

La manera de hacer sociedad sobre la base de esta universal cultura “precultural”, es *ser pueblo y hacer pueblo*.

A través de varias entrevistas, muy esclarecedoras, Jaime despeja el concepto de “Rusia profunda”. ¿Qué es lo que debemos entender por ello? Uno de los interlocutores de nuestro autor declara: “La llamada Rusia profunda constituye la interrogante principal de toda la historia de la nación, nada ha cambiado en la Rusia profunda desde tiempos de Iván el Terrible.” (cita p.84). Me parece que este concepto de “Rusia profunda” está muy en relación con el concepto de “pueblo”, tan importante en el pensamiento del Papa Francisco, que algunos encuentran confuso o tachan de populista. Hay, empero, una cosa que no cambia en el hombre, la experiencia de su condición, su sentido común.

Jaime busca reencontrar ese “estado de alma de la Rusia profunda” (p.83). Llegaremos quizá a ello representándonos una cultura, la rusa, “con una Edad Media distante de la cultura y del derecho romanos, sin Renacimiento ni Ilustración” (p.78). Incluso la Reforma, si miramos bien, apenas rozo el alma del país. Los europeos occidentales, como también los habitantes de las Américas, deberían ser capaces de imaginar esta condición de un pueblo que, como muchos, “nacieron a sí mismos en el

cristianismo” (p.85), pero en los cuales esta fe substancial, inserta en una naturaleza bárbara, no ha vivido ni la formación legislativa romana, ni los enfriamientos provocados por la razón ilustrada, en sus desarrollos al margen de la fe, o contra la fe.

Nuestro autor concluye que prevalece una “huella definitivamente superficial de la modernidad en el alma rusa”, de manera tal que, al momento de la caída del comunismo, “lo que aflora de los escombros es un estado cultural malherido, que en lo esencial se asemeja más al que prevalecía en Rusia antes de 1917 que al occidental —o *mundial*— contemporáneo” (p.79). Tanto más cuanto que, bajo el comunismo, hubo “un congelamiento de la evolución cultural de la nación” (p.79)

Jaime no oculta nada de las violencias o absurdos del régimen comunista, ni de las ruinas morales que dejó a su paso. Se trata siempre, dice, de “superar [ese] legado” (p.90) Pero... ojo... la crítica no debe servir para alimentar la buena conciencia del materialismo liberal, que de suyo procede también a la demolición del alma. Los revolucionarios rusos

soñaban con hacer suyas las promesas de la religión. “Vivimos aferrados a la gran esperanza que abrió la Revolución de Octubre.” (p.80) Esta esperanza desapareció, pero se trata de brindar una esperanza colectiva. No solamente una esperanza trascendente, sino también una expresión terrena de esa esperanza celeste o ultraterrena. Mas ¿cómo?

“Rusia sigue culturalmente *otro* derrotero que Occidente” (p.81). Se requiere descubrir esa alteridad cultural en una pobreza, que es por su parte una riqueza. Uno podría sumariamente decir que la especificidad de la cultura rusa, y su suerte, única, es paradójicamente lo que los rusófobos de todos los tiempos, para comenzar por el marqués de Custine, llamaban su “barbarie”. Estaríamos frente a bárbaros escasamente civilizados, un pueblo “medievalizado”. Respondemos a ello que quizás, pero a condición de comprender el carácter doblemente exclusivo de esta “barbarie”.

Primeramente, no hay jamás ni hombre ni pueblo sin cultura. Por ejemplo, el hombre carece de los instintos que

regulan la violencia en los animales y no puede sobrevivir a sus conflictos sino gracias a la inteligencia, por la cultura. La cultura es, para decirlo de manera esencial, la conciencia que el hombre naturalmente tiene de su ley natural de convivencia amistosa, y es también, de modo más accidental, la determinación progresiva de esta conciencia por la razón. Cuando la razón hace perder la conciencia de la ley natural, cuando la cultura hace perder la memoria primera de esa cultura natural, entonces, dice otro interlocutor de Jaime, “hay que poner en tela de juicio a la razón” (p.80). Encontraríamos aquí materia para apoyarnos en Juan Jacobo Rousseau, pero sin el “buen salvajismo” de Juan Jacobo...

Para rebatir, nunca debe uno darse por satisfecho con una crítica negativa. Es quizá lo que uno podría reprochar a Alexander Solzhenitsyn, de quien Jaime cita un pasaje muy importante (p.83) El escritor y premio Nobel ruso critica aquí “las reformas tiránicas de Pedro el Grande”. Pero, veámoslo bien, no es en primer lugar la tiranía del zar Pedro, sino una cierta racionalidad la que es tiránica. La *renovación civilizatoria* no será posible si no somos capaces de redescubrir aquella cultura primera y, asimismo, inventar un

método de determinación de ésta por una razón que no sea destructiva, es decir, donde el cuestionamiento se ejercite en la confianza, la crítica en la metafísica y la libertad en la religión. Es una razón así concebida la que nos permitirá una modernización sin materialismo totalitario.

¿Pero dónde está esa razón? Jaime evoca las figuras de Tischner, en Polonia, o Patočka, entre los checos. Husserl, Heidegger y sus discípulos son esclarecedores, es verdad, respecto de la crisis de las ciencias y de la conciencia en Europa, mas permanece una “quintaesencia ultracivilizada” y muy sofisticada de esta modernidad europea que es necesario superar. Es dudoso que podamos encontrar una solución práctica en el marco de esas filosofías y de sus elaboraciones.

En segundo lugar, en el medioevo es la fe la que se hace cargo de la barbarie. La “modernidad” occidental comienza en la edad media, en el siglo 14, como saben bien los historiadores de la filosofía.¹ Lo moderno es lo que pone en primer lugar, no la piedad, o el bien, o el amor, sino la

¹ Son teólogos del siglo XIV (los primeros en ser llamados “*moderni*”) quienes comenzaron poniendo, antes que Dios, en primer lugar la libertad. Transformando al Padre eterno en déspota irracional, hicieron la religión detestable.

libertad. Sin embargo “*la libertad antes que todo*” disminuye la fe, inclusive entre los piadosos, explica Solzhenitsyn. La razón moderna está en línea con esa libertad que deviene tan fácilmente materialista y totalitaria. Ninguna renovación civilizatoria podrá alcanzarse a futuro sin la contribución de la razón, pero es necesario encontrar una razón que no excluya la naturaleza, la ley natural, el pueblo, la vida, la religión.

Repitámoslo: se trata de “recuperar para la cultura (...) aquel centro vital extraviado” (p.90) Y “acaso sea, después de tantos sufrimientos, la misión que la Providencia les reserva” (p.90) a estos pueblos, al de Rusia y a los de todos los países de Europa oriental (p.90).

[1] Los números de página corresponden a la edición primera.